

TRES REYES CELESTES HABITAN EN EL HOMBRE

Por JOSEFINA MAYNADE, España, 1963

Especial para ESTUDIOS TEOSOFICOS



SEGÚN la Astrología Esotérica y la Ciencia del Hombre Integral, son pocos los seres que hasta el presente han sido sensibles a las altas vibraciones de los llamados planetas mayores: **Urano, Neptuno y Pluton.**

Estos planetas misteriosos, apenas conocidos en Astrología Judicial, parece, han ejercido su influjo exclusivamente sobre las masas aunque esporádicamente y sólo en determinadas circunstancias casi siempre de índole inesperada, insólita, violenta, repulsiva o altamente mística. Y ello debido a que su influjo es de una modalidad vibratoria muy sutil, y por tanto, habitualmente inoperante en la mayoría de los seres humanos.

Tales planetas de dilatada órbita operan sobre las capas superiores del aura de nuestro planeta. Por ello, el mecanismo de su acción reflejada sobre los planos densos escapa a la medida de la percepción del hombre, ya que por lo general no tiene desenvueltos los órganos capaces de captar y transmitir esas elevadas vibraciones del cosmos.

Sin embargo, cada ser humano posee, en potencia, tales órganos, aunque en forma rudimentaria. Su desenvolvimiento puede otorgarle la percepción de muy elevados misterios y experiencias cuya conciencia coronaría la etapa inconciente de su evolución.

El hombre-como se ha estudiado en los tratados de psicología y de astrología esotérica, así como en los grandes poemas simbólicos en las leyendas sagradas —es de naturaleza divina. En él moran, dormidas entidades o potencialidades que serán suyas algún día.

Tres Reyes Divinos, Tres en Uno. Su actualización, su despertar, depende del tiempo, del esfuerzo y de determinadas circunstancias que la leyenda ha atribuido a instrumentos mágicos que en realidad son patrimonio de la herencia divina que a todos nos corresponde y cuya actualización depende de nuestra madurez espiritual y de la obtención de las claves biológicas de nuestro crecimiento.

Esas claves biológicas pueden abrir las cámaras secretas donde moran los Tres Reyes Celestes en el hombre, una vez convertido éste en

Individuo Solar.

En la época de tránsito en que vivimos, tan rica en experiencias de toda índole, de marcha tan acelerada, la influencia Acuariana de la Edad Naciente hace más perceptible el influjo del planeta Urano, regente del signo zodiacal de Acuario que preside el nuevo ciclo de evolución de la humanidad.

Por ello, este misterioso planeta adquiere progresivamente mayor influencia y poder, y sus características astrológicas imprimen actualmente su carácter peculiar en mayor escala, en forma colectivo-selectiva. O sea, que su índice de influencia se manifiesta de modo que podríamos llamar de clan o selección, en aquellos jóvenes astrológicamente sellados —en nuestra época son muchos— por la influencia acuariana.

Debido a esa cósmica sintonización cíclico-genética, el carácter peculiar y complejo del planeta Urano, imprime sus características más definida e intensamente en aquellos grupos de avanzada, que deben encarnar los predicados de aquellos que constituirán la nueva aristocracia espiritual del mundo, con sus características propias, originales, inconfundibles, totalmente inéditas.

En suma: la influencia superior del planeta Urano va tomando corporeidad en los individuos astrológicamente sellados por el signo de la Nueva Era que inaugura el Sol por procesión y que constituyen, para el mundo, como una nueva primavera.

Para que esa incorporación de las características uraniano-acuarianas se efectúen plena y positivamente en los nuevos individuos, hace falta que el órgano de su transmisión en el hombre, que le sirva de vehículo, se ponga a tono con la vibración astral, adquiera movimiento y se sitúe poco a poco en armonía vibratoria con las radiaciones de dicho planeta.

Todas las antiguas teogonías, todas las leyendas iniciáticas coinciden en afirmar que el individuo tiene que luchar y vencer en sí mismo ciertos aspectos inferiores, para lograr poderes, investiduras o dones de realeza. Como afirma la ciencia hermética: "Como arriba, así es abajo". En la altura de su sagrado Templo, Santuario o Palacio, representados en su propio organismo, hecho a imagen y semejanza de la divinidad, posee el ser humano el más noble y misterioso de los órganos: el cerebro.

El estudio místico-anatómico, en la forma en que lo han revelado los científicos y psicólogos modernos como Hartmann, Blavatsky, Leadbeater y Manly Hall, convierten el cerebro en

cano de toda posible evolución futura, en el centro de la iluminación interior, proyectada desde dentro.

Así, la verdadera sabiduría, la iluminación interior consistirá siempre en el desvelo de las portentosas facultades potenciales residentes en el individuo mismo, capaces, una vez actualizadas, de la transfiguración del hombre vulgar en ser superior; o, como decían los antiguos, en la actualización del interno Dios.

Todas las alusiones de las leyendas a Palacios encantados, a Santuarios clausurados o a guardadas Fortalezas, hacen alusión a ciertas zonas ignotas de nuestro propio organismo, a la misteriosa constitución humana, ya que en ella se hallan, ocultas, todas las maravillas, todos los tesoros, todas las glorias cantadas en los poemas simbólicos.

A través de la columna vertebral —la mística escala de Jacob, el cetro de los egipcios, el caduceo de los herméticos, el tirso de los eleusinos— se señalan las etapas del gradual crecimiento, el ascenso desde la materialidad al noble estado espiritual. Que no otra significación tiene la “serpiente enroscada”, “la madre” de los orientales, que, al ser despertadas, ascienden por los canales fluidicos de la columna vertebral convirtiéndose en el “fuego serpentino” o “Kundalini” que, al remontarse y sojuzgarse, confieren el poder o poderes al superhombre, abriéndose las regias cámaras del cerebro.

En tales cámaras, según la Astrología, moran los dobles humanos de los tres Reyes astrales de nuestro sistema solar: **Urano**, **Neptuno** y **Plutón**.

Los órganos, cada uno de los cuales tiene correspondencia con tales espíritus planetarios, son: El Cuerpo Pituitario, la Glándula Pineal y el misterioso **Thálamus**, situado en el centro del cerebro, en el lugar que ocupa, en la Gran Pirámide, la “Cámara del Rey”.

De estos tres órganos, el primero, el Cuerpo Pituitario, es el que se halla bajo la influencia de **Urano**. El segundo, la Glándula Pineal, recibe los superiores influjos de **Neptuno**. Y el misterioso **Thálamus**, los de **Plutón**.

El Cuerpo Pituitario, pues, que descansa en la llamada “Silla Turca” del hueso Esfenoide, conectado con el tercer ventrículo del cerebro, experimenta ahora, entre muchos individuos de superior conformación, un período de excepcional desenvolvimiento, debido a la potente radiación que emana a causa de su sintonización cíclica, el planeta **Urano**, regente de **Acuario**.

Al Cuerpo Pituitario se le ha denominado, en lenguaje místico “la retorta de los alquimistas”, la “boca del dragón” —de sabiduría— o “el santo Graal” ya que señala el despertar de las superiores facultades de la mente humana, la intuición o clarividencia intelectual, la facultad guiadora por excelencia.

Ese Centro Pituitario es el vehículo produc-

tor, al mismo tiempo, de la armonía física al conectarse con el centro de luz y armonía universales.

Cuando la endocrinología se halle más avanzada, se comprenderá el alcance de las complejas correspondencias y facultades posibles derivadas de ese centro de fuerza casi latente hasta ahora en el común de la humanidad y que recibirá especial impulso bajo los rayos cósmicos del ciclo acuario que se inicia.

Del segundo y tercero de los centros ocultos, diremos solamente que la Glándula Pineal, influenciada por el planeta **Neptuno**, es el rudimento, como órgano físico, del tercer ojo de los cíclopes o gigantes de la tercera raza, situado en medio de la frente. Una vez alumbrada y desenvuelta naturalmente esa glándula, se convertirá en el órgano de la clarividencia superior.

En cuanto al tercer centro que influye **Plutón**, el más alejado de los planetas descubiertos, apenas se revela nada. Parece que el **Thálamus** es el órgano a través del cual se manifiesta el Padre y que se relaciona con la última prueba astral del sarcófago egipcio, “el misterio de la tumba abierta”, la “osirificación” del Iniciado. Algunos místicos han hablado de él como del “cuerpo radiante”, el “augoeides”, la semilla cósmica en el hombre.

Refiriéndonos al primero de los tres órganos secretos del cerebro humano y que actualmente se desvela en una gran fracción de la humanidad; el Cuerpo Pituitario y de acuerdo con las enseñanzas de la Astrología Esotérica, el lema espiritual del signo que nace es la “aspiración razonada”, la “conciencia intuitiva”, la “percepción directa”, el **nous** o mente iluminada.

Su vehículo de manifestación más apropiado será, entre las nobles Artes, la Poesía que patentizará la aportación dionisiaca, la exaltación lírica y profética, otra versión del antiguo vate, mas en consonancia con los dictados espirituales del signo que amanece y de la civilización que vendrá a enriquecer las dilatadas experiencias de la humanidad, una vez trascendido el período de caos que nos envuelve.

Adelantemos algunas de las características propias de los individuos acuarianos, de aquellos en quienes se desenvolverá más fácilmente el Rey uranio: El anticonvencionalismo, la originalidad, la independencia, la sensibilidad, la obediencia a los predicados interiores del nuevo signo, la imaginación, ciertas formas básicas de rebeldía, pero un sentido riquísimo de todas las formas de la Amistad, lema acuario y de comprensión mutua entre todos cuantos constituyan esa avanzada, esa nueva aristocracia de las almas llamadas a implantar la nueva civilización.

Bajo esa filiación genérica, riquísima en matices, veremos los primeros atisbos de ese nuevo florecer de las razas hermanadas, implantando una nueva primavera cíclica del mundo. ★